



Nunca pierdas la esperanza



Por **Enrique Krauze**

El mal radical siempre ha estado presente en la historia. Es ingenuo verlo como una anomalía. La única respuesta es enfrentarlo. El mal radical se ha adueñado desde hace casi tres décadas de Venezuela. Hoy más que nunca hay que apoyar al bravo pueblo que lucha como nunca antes (no exagero el adverbio) para arrojar las cadenas.

En muchos órdenes de la vida, actuar con derrotismo equivale a decretar una quiebra prematura, injustificada, hasta suicida. Estas actitudes pueden partir de muchas causas: una mala lectura de la realidad, un ánimo depresivo, la simple extenuación o la inseguridad en el propio juicio. En última instancia, dejarse vencer es cerrar la puerta al azar. Grave error, porque el azar juega siempre, en la vida y en la historia.

Hace muchos años escuché del gran filósofo polaco Leszek Kołakowski una parábola sobre el poder disuasivo, descorazonador, paralizante de las ideologías totalitarias: "Dos niñas compiten a las carreras en un parque. La que va retrasada grita desafortunadamente: '¡Voy ganando, voy ganando!'. La que lleva la delantera escucha esos alaridos, abandona la pista, se arroja en brazos de su madre y le dice entre so-

llozos: 'No puedo con ella, siempre me gana'".

Hacia 1984 se puso de moda en Europa hablar del fin de la democracia occidental y su inminente derrota ante la URSS, que llevaba décadas de alardear de una ilusoria superioridad tecnológica, industrial, militar y hasta moral. Pero Kołakowski no se dejó engañar ni perdió su fundada esperanza. Conocía desde dentro las contradicciones y debilidades del monstruo soviético y por eso no se sorprendió cuando un año después Gorbachov introdujo las reformas que significaron el principio del fin de la URSS. La carrera no la ganó la niña locuaz que pretendía llevar la delantera. La victoria fue de la niña puntera, que desoyó los gritos y permaneció en la pista.

Tampoco los disidentes de la Unión Soviética y la Europa secuestrada por la URSS decretaron la quiebra de su proyecto liberador. Y estaban encarcelados, acosados, solos. Finalmente triunfaron. Y su triunfo, a pesar del acechante imperio ruso, ha sido irreversible.

Hay derrotas autoinfligidas en todos los órdenes de la vida. Por ejemplo, en la vida literaria. Un caso fue el suicidio de Stefan Zweig en 1942. No podía soportar el exilio en Brasil, la pérdida de su biblioteca, la muerte de su madre, el derrumbe del mundo que conoció y en el cual había logrado llegar a la cima de la

fama. Seguía siendo muy leído. Le faltaba la gloria del premio Nobel, y lo hubiera alcanzado con solo esperar un par de años.

En mi familia hubo un caso ejemplar sobre el valor de la esperanza. Fue mi tía Dora. Por cuatro años luchó como una leona para salvar la vida de su esposo y la de su pequeña hija en la Polonia ocupada por los nazis, hasta que el esposo fue llevado a Bergen-Belsen y ella a Auschwitz. La hijita de cinco años sobrevivió escondida por una familia polaca. Al final se reencontraron. "Job betujen", le decía a su hija, en una expresión en idish que quiere decir "ten confianza". Pero era mucho más que confianza lo que quería inspirar. Una confianza espiritual y trascendente, pero también terrenal y activa, que en español se traduce mejor así: "No pierdas la esperanza". (Sus memorias con ese título aparecieron en 1924 publicadas por Planeta).

Vuelvo a Venezuela. Hoy más que nunca hay que apoyar con hechos a María Corina Machado, cuyo liderazgo no palidece ante el de Bolívar. Hoy más que nunca hay que denunciar la tiranía corrupta y criminal de Maduro. Hoy más que nunca debemos porfiar en la restauración continental de la república y la democracia. Hoy, menos que nunca, podemos perder la esperanza.

Historiador y escritor mexicano.

